

Biblioteca-Films

LA LINDA RUBIA

Núm. 72

25
cénts.



MARY
MENTI

Año II

Núm. 72

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Calabria, 96

O

Teléfono 173-H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

La Linda Rubia

Novela donde se pinta con vivos colores la influencia que ejercen en la vida la mujer-angel y la mujer-diabla

Exclusivas: **E. GONZÁLEZ**

Plaza Progreso, 8 - Madrid

INTERNACIONAL FILMS

Valencia, 2.8 - Barcelona

PERSONAJES

INTÉRPRETES

Juanita, la linda rubia. . . .

Mary Menti

Blanca Raven.

Elena Makouska

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

I

Estamos en Prawdna, pueblecito campesino de la Polonia Oriental y a mediados de enero, lo cual significa que estamos en pleno invierno, uno de los inviernos más crudos y más pródigos en nieves. Los señores de las grandes ciudades aprovechan esta época del año para dedicarse a la caza mayor, tan abundante en los inmensos bosques del término de Prawdna, sobre todo en jabalíes, rebecos y ciervos. Esta abundancia de cazadores lleva aparejada la existencia imprescindible de mesones y posadas más o menos confortables; pero que dan a este pueblecito, en esta época del año, un movimiento y una vida que contrasta con la que falta en la naturaleza, dormida bajo blanquísima sábana de nieve.

Uno de los mesones de más nombre por su limpieza y buen orden, es el del viejo Herman. Tiene éste una hija llamada Juanita, tan hermosa como discreta y recatada, por la que beben los aires muchos hacendados del pueblo y por la que suspiran todos los jóvenes de

varias leguas a la redonda. Y es que la chica se lo merece. Va a cumplir veinte años y es un prodigio de hermosura; pero de esa hermosura natural que no necesita de ningún artificio para realzarla. Es esbelta, bien formada, con un rostro de rara perfección, vivificado por unos ojos negros, grandes, expresivos. Su abundoso cabello, color oro viejo, que peina con dos trenzas que, desde las sienes le caen sobre el pecho, contrasta con sus cejas y pestañas color azabache: tal es Juanita, la hija del posadero Herman, a la que todos conocen en el pueblo con el remoque de la *Linda Rubia*.

Completan el trío familiar del posadero, un sobrino de Herman llamado Roberto, hoy de veintidós años, que vive en su compañía y en la de su hija, desde su edad más temprana, por haberse quedado, siendo muy niño, huérfano de padre y madre, y ayuda a su tío en el buen servicio de la posada.

Roberto y Juanita han crecido juntos a la sombra de su tío y padre, respectivamente, y, como el roce engendra cariño, ambos se aman como hermanos, si bien Roberto siente por su prima un afecto menos familiar, más hondo, más celoso, más egoísta.

II

Robustiano, un soltero cuarentón, propietario del molino harinero que muele el trigo a

los habitantes de Prawdna, está enamorado de la linda rubia. No pierde ocasión de ir a verla y, para ello, acostumbra a comer cada domingo en la posada, sólo por el prurito de ser servido por Juanita, a quien dirige miradas encendidas y palabras forjadas en lo más hondo de su alma y dulcificadas con las mieles de un acendrado cariño.

Aquel día—era uno de los más crudos de aquel invierno—llegó Robustiano a la posada tapado hasta las narices; pero rebosando de gozo por todos los poros. Apenas entró topóse de manos a boca con el posadero, a quien dijo por todo saludo:

—Herman, hoy tenemos que hablar.

—¿De cosas muy serias?

—Sí, sí; muy serias.

—Entra.

—Un momento más tarde posadero y molinero están sentados en actitud ambos de cargar sus pipas y éste de descargar de su espíritu un peso que le abruma.

—Tú dirás, Robustiano.

—Pues verás, ya hace tiempo que quería dar este paso; pero francamente, no me atrevía...

—Si no hablas más claro...

—No me atrevía por... ¿qué sé yo por qué? Mas hoy salgo de casa dispuesto a dar este paso tan transcendental para mí...

Robustiano encendió la pipa, dió dos o tres chupadas e hizo una pausa.

—¿Qué más?—preguntó Herman.

—¿Aún no me has comprendido?

—Ni una palabra.

—Pues ya no sé cómo decírtelo más claro. Vaya, que estoy en el molino y los batanes me han metido en el cuerpo, por los oídos. un *tric, trac* que me parece que todo el día y a todas horas me andan diciendo: *tric... tric, trac*, que traducido a nuestro lenguaje, es: *cásate, cástate*. Salgo del molino y cuando ya no oigo el estribillo de los batanes, me gritan las campanas de la iglesia: *tinc, tanc, tonc...*

—¿Y qué te dicen?

—Pues me dicen también: ¡*Cásate!*

—Pues... ¡*cásate!*

—A eso vengo.

—Hombre, más vale que vayas a la vicaría.

—¿Pero con quién me voy a casar?

—Eso te pregunto yo, ¿con quién te vas a casar?

—Con Juanita.

—¿Cómo?

—Con tu hija.

—Ahora sí que comprendo... No lo encuentro mal, con tal que ella quiera ser molinera. Espérate. Voy a llamarla.

Salió Herman y a poco volvió con su hija, que saludó al molinero. El mesonero dijo a su hija sin rodeos:

—Juanita, el señor Robustiano viene a solicitarte para casarse contigo, es decir, a pedir tu mano. ¿Qué dices tú?

—Que el corazón no me dice que me case,

—Juanita, será porque no oyes los batanes del molino, ni las campanas de la iglesia...

—No sé por qué será; pero no tengo ganas de casarme.

—Ya lo oyes, Robustiano, Juanita no tiene ganas y, ya comprendes... búscate otra molinera.

Salió Robustiano con el espíritu entristecido, con el alma apenada, dispuesto a no volver a poner jamás los pies en el mesón de su amigo y convecino Herman.

—Ya he oído lo que has dicho al molinero, Juanita—le dijo alegremente su primo Roberto—, le has colgado un par de calabazas que no se va a atrever a poner los pies aquí. Yo ya ve'a como te hacía carantoñas... ¡Me daba más rabia!

—Mira, Roberto, yo no me quiero casar con el molinero porque mi buena madre, que en gloria esté, cuando yo le preguntaba: «Madre, ¿cómo conoceré yo al hombre con quien me he de casar?», ella me contestaba: «Hija mía, cuando estés en presencia del hombre que Dios haya destinado para ser tu esposo, tú sentirás delante de él una gran alegría, tu corazón saltará de gozo en tu pecho».

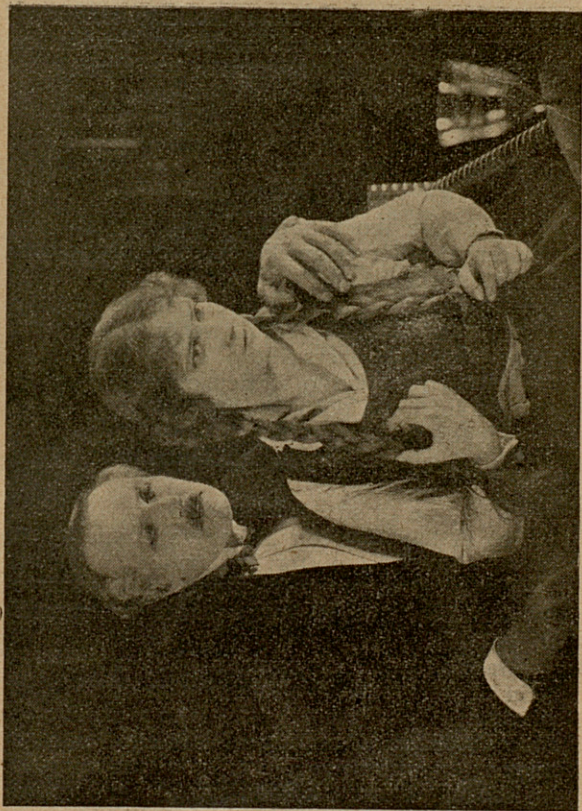
—¿Eso te dijo tu madre?

—Eso.

—¿Y no has sentido esa gran alegría y tu corazón no ha saltado cuando estoy delante de ti?

—¡Vaya!... ¡No seas tonto!

La indirecta no podía ser más directa ni la



El Duque... quiso rodearle el cuello... (pág. 15).

declaración más explícita: Roberto amaba a su prima; pero ésta no había sentido aún el anhelo de la correspondencia a ese amor.

III

—Hay que tener humor, Walter, para establecer tu taller en medio de este bosque con el frío que hace...

—No digas, Blanca, que el paisaje es precioso. Nunca hubiese creído tener ocasión de pintar algo tan maravilloso como el paisaje que estoy trasladando al lienzo. Bien vale la pena de sufrir un poco de frío.

—Tienes razón, Walter.

—Mira, por allí viene un labriego... ¡Qué cabeza de estudio!...

—Díle que te sirva de modelo.

Pasó el labriego con la cabeza envuelta en un tapabocas. El pintor le llamó:

—Oiga usted, amigo, ¿quiere usted pararse dos minutos, que le voy a sacar un apunte del natural.

—Saque, saque los apuntes que quiera.

En un periquete, Walter Bergson dibujó con carboncillo la cabeza del prawnano y cuando le hubo enseñado el apunte al labriego, éste se empeñó en que se lo diera, a lo que accedió gustoso el pintor. Gozoso llegó el viejo Jorge a la posada de Herman con aquel dibujo, pregonando por todas partes el arte maravilloso

de aquel señor que en un segundo, y en pleno campo, le hizo el retrato.

—Si tanto sabe—observó Herman—, valdría la pena de hacerle pintar el cuadro para el altar de la Virgen.

Herman lanzó la idea que por entonces pareció caer en el vacío, pero ya veremos como más tarde se llevó a cabo el deseo del posadero.

Juanita había salido aquella mañana a recoger leña al bosque; menester tanto más difícil cuanto estaba todo él cubierto de nieve y era muy raro hallar un solo leño. Volvía ya la joven al hogar sin haber hallado una sola rama, cuando vió en uno de los claros del bosque un grupo de caballeros armados de fusiles de caza e indumentados a estilo de los cazadores polacos. Al ver a aquellos señores, una idea de tristeza se apoderó del espíritu de Juanita: «Aquellos señorones—pensó—, vienen a Prawdna a divertirse a costa de los inofensivos ciervos de nuestros bosques: ¿Por qué no se dedicarán a la caza de bestias dañinas o fieras o musarañas?»

Y mientras Juanita iba dando vueltas en su mente a estos pensamientos, llegó frente al grupo formado por los cazadores y, espontáneamente, casi sin pensarlo, dirigióse al que parecía de más calidad y, en tono de amarga reconvencción, díjole:

—Señor, ¿qué mal les han hecho los pobres

ciervos, las tímidas corzas, para que los maten ustedes sin piedad? ¡Es muy cruel eso que hacen ustedes!

—Tiene usted razón, joven... Vaya usted tranquila, que ya no dispararemos ni un tiro más.

Contenta, saltando de alegría, Juanita volvió a su casa, convencida de haber salvado la vida a los inofensivos animalistas del bosque.

Cuando Juanita hubo desaparecido, entablóse este diálogo entre los cazadores:

—¿Quién es esta joven, Franz?

—Esta joven, señor Duque, es la hija de Herman, mesonero de Prawdna.

—¡Es hermosísima!

Todos los presentes ponderaron la hermosura de Juanita. Franz, el secretario del Duque, que por lo visto conocía más el país, añadió:

—Tan hermosa es, que en el pueblo todos la conocen con el mote de *la linda rubia*.

—Difícilmente — añadió el Duque — puede hallarse una mujer tan idealmente bonita como esa.

—Tiene usted razón, Duque.

—Nada, señores, por orden de... *la linda rubia* ha dado fin la caza... ¡Al castillo!

El Duque de Lamperc y sus invitados a la cacería en los dominios del ducado, que era donde cazaban, dirigieronse al castillo de Lamperc, situado a tres kilómetros escasos de Prawdna, cuyo pueblo era feudatario del du-

cado de Lamperc. El Duque dice a su secretario, mientras iban hacia el castillo:

—Supongo que Walter Bergson y Blanca Raven no se habrán extraviado en el bosque.

—No es probable. Walter, mientras tenga luz, es capaz de quedarse pintando...

—Ya procurará recoger los pinceles cuando le aguce el apetito.

—Además, Blanca Raven, su... amiga, le recordará la hora del almuerzo.

—Duque—manifestó uno—, no se preocupe por *esos*.

—No, me preocupa más la... *otra*.

—¿Quién?

—*La linda rubia*.

Y así era, en efecto; desde que el Duque de Lamperc había visto a la hija del mesonero Herman no se la pudo quitar de la imaginación.

Mientras los invitados del Duque esperan la hora de la cena, éste conversa con su secretario:

—Franz, no quiero acostarme sin volver a ver a esa muchacha; es una obsesión que no me puedo quitar de la mente.

—Si el señor Duque quiere...

—Sí, después de cenar vas a ver a su padre y le dices que yo deseo hablar con Juanita... Que es sólo cuestión de media hora.

—Iré.

—Y que venga contigo.

Después de la cena los invitados del Duque pusieron a bailar. Franz hizo preparar un trineo y dirigióse a la posada del señor Herman. Cuando entró en ella, hacía pocos minutos que su hija le había dado las buenas noches y dirigióse a su dormitorio para descansar.

Al ver al secretario del Duque a aquellas horas, Herman se extrañó sobremanera.

—Señor Herman, mi amo el Duque, me manda decir que tiene precisión de ver a vuestra hija.

—¿A estas horas?

—Ahora mismo. Es preciso.

—Pero ¿para qué?

—No me lo ha dicho ni tiene por costumbre el manifestarme los motivos de sus determinaciones.

—Bien, bien... Voy a despertarla.

—¿Duerme?

—Ya debe estar en la cama.

—Sólo es cuestión de media hora. La llevaré al castillo en mi trineo y yo mismo la volveré a acompañar aquí dentro de un instante.

—Voy a buscarla.

Llegó el posadero al dormitorio de su hija en el momento en que ésta empezaba a desnudarse.

—No te desnudes, hija mía; el señor Duque de Lamberg desea verte.

—¿Está aquí?

—No; quiere que vayas al castillo.

—¿A estas horas?

—El lo manda.

—Pero ¿qué es lo que quiere?

—Ya lo sabrás cuando te haya hablado. Dice que es para un asunto muy importante.



...Pero su corazón era de Juanita

—¡ Ah !... Ya sé para lo que debe ser.

—¿Para qué?

—Esta mañana he pasado por el bosque y como viera a unos cazadores que se dedicaban a matar corzas, les he reprendido; yo ignoraba quienes fuesen esos cazadores; pero cuando

he llegado aquí y he contado esto a Roberto, éste me ha dicho: «¿Qué has hecho Juanita? ¿Quieres apostar a que te has insolentado delante del Duque de Lamberg, que hoy ha salido de caza?» Yo no conozco al Duque y pudiera muy bien haber sido él a quien yo he reñido.

—¡Pobres de nosotros!... Procura ser amable con el Duque. Anda, vístete con tus galas domingueras. Ponte el jubón de seda y la falda azul, que tan bien te cuadra.

Mientras Juanita se vestía, Roberto quiso saber el motivo de la visita del secretario del Duque. Súpolo por su tío y determinó acompañar a su prima. Cuando salió Juanita de su cuarto, fué acompañada por su padre donde aguardaba el señor Franz, quien la saludó:

—Buenas noches, señorita; tendré mucho gusto en acompañar a usted al castillo.

—No, yo también quiero tener ese gusto—dijo Roberto.

—Joven—replicó Franz—, váyase usted a dormir tranquilo.

Juanita y el secretario subieron al trineo y, momentos después, llegaban al castillo del Duque de Lamberg, en cuyos salones se valsaba. El Duque salió a recibir a la lugareña a quien ofreció su brazo y la acompañó al salón. La hizo sentarse a su lado en un sofá, situado en un extremo del mismo.

—Es usted muy hermosa, Juanita.

—¡...!

—Tenía muchas ganas de hablar con usted.

—¿Qué quería decirme usted, señor Duque?

—Quería tener el gusto de tenerla a mi lado un momento, de decirle que esta mañana tenía usted razón al reprenderme porque dañamos a los animales inofensivos del bosque...

—Ahora que me ha dicho usted ya todo esto ¿puedo marcharme?—preguntó Juanita haciendo ademán de levantarse.

—No, no, Juanita, aún no—protestó el Duque cogiendo a la joven por el talle y haciéndola sentar.

—Es que a estas horas...

—¿No se aburre usted en un pueblucho como éste?

—No, señor Duque; paso la vida muy divertida al lado de mi padre y de mi primo.

El Duque, que rodeaba con su brazo el talle de la linda rubia, subió más el brazo y quiso rodearle el cuello; pero la joven frunció el entrecejo y díjole con entereza impropia de una aldeana, mientras con su mano separaba su brazo:

—¿Qué hace usted, señor Duque?... No, eso no.

Comprendió el de Lamberg que a Juanita debía irla conquistando paulatinamente, sin estridencias, y creyó que lo mejor era devolverla a su casa. Pero, desde aquel momento, el noble prócer determinó poseerla, costase lo que costase: Juanita era la mujer más linda que había visto en su vida y debía ser suya a toda costa.

—Señorita, he tenido una gran satisfacción

en conocer a usted y supongo que no será la última vez que venga al castillo. Daré la orden para que le dejen la entrada franca, de manera que siempre que tenga gusto puede venir. Nuestros jardines son espléndidos, puede usted venir a coger flores cuando tenga gusto en ello... ¿Vendrá?

—Muchas gracias, señor Duque—contestó sencillamente Juanita, bajando la vista.

Al despedirse de la campesina, el Duque depositó en su mano un ósculo ardiente, que hizo estremecerse de miedo a la joven.

Al llegar a su casa, su padre y su primo apresuráronse a conocer el motivo de la entrevista con el señor feudal.

—Ni lo sé... «¡Qué bonita es usted!...» «Puede usted volver cuando quiera...» «Usted se debe aburrir mucho en su casa...» Y... al despedirme, me besó...

—¿Eh?—preguntó colérico Roberto.

—...Me besó la mano.

—¡Ah!... Pues no debes volver al castillo.

—No tengas miedo...

—¿Has sentido delante del Duque una gran alegría, Juanita?—preguntó Roberto.

—He experimentado una gran tristeza, sobre todo cuando me ha besado la mano.

IV

Pocos días después preparábanse los habitantes del castillo de Lamberg a abandonar

aquella mansión. Entre los invitados a la cacería que han pasado cerca de un mes en el castillo están Blanca Raven y Walter Bergson. Blanca es una joven artista de varietés, acostumbrada a desempeñar todos los papeles que una mujer puede desempeñar en la vida. Viuda y bien formada, Blanca es una de esas bellezas de diablesa, cuyos ojos de color indefinido fascinan a los hombres y les obsesionan, obligándoles a cometer verdaderas locuras: tal es Blanca Raven. Walter Bergson, es un pintor de nombre, amigo del Duque de Lamberg, una de esas almas grandes, espíritu sencillo, enamorado de la belleza plástica, que ha tenido la desgracia de hallar en su camino, en forma de modelo, a una mujer que le ha envuelto en los encantos de su belleza y tiéndolo cautivo sin dejarlo a sol ni a sombra: por eso Blanca Raven no se separa nunca de su víctima, por eso hoy está la diablesa fuera de sus casillas, porque todos los invitados del Duque parten hacia la gran urbe para reanudar sus habituales ocupaciones, y el pintor, su amante, ha determinado quedarse en Prawdna.

—De modo—dícele Blanca enfurecida—que determinas quedarte aquí.

—Sí, hija sí. Quiero terminar mi cuadro. Creo que nunca hallaré ocasión como esta para producir una obra de esta índole.

—Está bien. Yo me iré porque debo actuar próximamente en el «Moulin»; pero te advierto que si hoy no partes conmigo no cuentes más con mi amistad.

—Bien está... Tú, haz lo que te convenga... Yo hago lo que me parece y... no hablemos más... ¡No quiero imposiciones ni esclavitudes de nadie.

—¿Y dónde vas a ir a vivir?—preguntó algo amansada la fierecilla, pues sabido es que a la mujer que ha llegado a cautivar al hombre con sus hechizos, solamente puede domársela con el desprecio y la altisonancia. Prosiguió aún más dulcemente: —Por que bien sabes que el castillo estará cerrado.

—Me iré al mesón.

—¡Ah! ...Ya comprendo. ¡Al mesón de la linda rubia!

—Al que a mí me dé la gana y... ¡basta!

Aquella tarde, seis trineos conducían al Duque y a sus invitados hacia la ciudad. A la misma hora que éstos partían, Walter Bergson, con sus menesteres de pintor, se dirigía a la posada del señor Herman.

—Vengo—le manifestó el pintor—a ver si usted me puede dar una habitación en su mesón.

—Ya lo creo, precisamente ahora tengo desocupada la mejor... Roberto, coge estos bultos al señor... Venga a ver si le gusta.

Después de acomodado en una habitación espaciosa y ventilada, volvían Herman y el pintor a la sala principal habilitada para comedor, donde Juanita cosía arrimada a una ventana. Walter se quedó mirando a la linda rubia, sin que ella se apercibiera del interés que despertaba su belleza en el espíritu del artista. Herman le preguntó:

—¿Es usted pintor, caballero?

—Pintor soy.

—Pues aquí tenemos que llamar a un pintor para que nos haga el cuadro que ha de



Entró la joven seguida de Roberto (pág. 25)

adornar el altar del Nacimiento. Yo soy de la Junta de Obra de la parroquia y me han encargado de esta misión... Si usted quisiera...

—Hombre... no tengo inconveniente en aceptar; pero tendría que ser con una condición.

—Por supuesto, señor, que se le pagaría a usted lo que fuese...

—No se trata de eso... Precisamente, si usted acepta la condición que yo le pongo, yo no cobraría nada por el cuadro...

—¡Caramba!... ¿Y qué condición es sea?

—Que para esa obra me sirva de modelo aquella joven—y Walter señaló a Juanita.

—Es mi hija... Si ella quiere...

—Pregúnteselo usted, y si acepta, mañana mismo empiezo el boceto.

—¡Juanita!—voceó Herman. Esta levantó la cabeza—. ¡Ven!... Mi hija, el señor...

—Walter Bergson—completó el artista.

—Pintor que ha venido a hospedarse en nuestra posada...

—Buenos días, señor—saludó sencillamente la joven.

Como buen fisonomista y excelente psicólogo, Walter notó que al mirarle, la joven había sentido un ligero estremecimiento.

—Juanita—díjole su padre—, el señor se compromete a pintar gratis el cuadro del altar del Nacimiento; pero con la condición de que tú le hagas de modelo.

—¿Y eso qué...?

—Que para pintar a la Virgen, su cara de usted me servirá de muestra, de modelo...

—¡Qué bien, qué bien!—exclamó Juanita, saltando.

—Está bien, yo pintaré el cuadro. Mañana principiaremos, señorita.

—Juanita fué corriendo a ver a su primo:

—Roberto, Roberto, yo voy a ser la Virgen.

—¡Malo!

—¿Cómo malo?

—¡Claro!... Yo que me quería casar contigo...

—No seas tonto... Van a pintar el cuadro del nacimiento y el pintor me hará servir de modelo para hacer la Virgen.

Juanita explicó a su primo la entrevista que había tenido con el pintor: «Un joven—decía la muchacha—, la mar de simpático, con unas melenas, ¡oh!, si lo vieras, Roberto...»

—Oye, Juanita, cuando viste por primera vez a ese joven ¿sentiste una gran alegría?

La linda rubia no comprendió el sentido oculto de esta pregunta y contestó con gran ingenuidad:

—Sí, sí, una alegría tan grande que parecía que el corazón quería írseme del pecho...

—¡Malo!

—Una cosa así como un fluido eléctrico que removi6 todo mi ser.

—¡Malo!

—¿Cómo malo?

—¡Peor!... No te fíes de ese joven melenudo.

—¡Es muy guapo!

Roberto hizo un gesto de disgusto y fuése refunfuñando.

V

Como un reguero de pólvora había corrido la voz en Prawdna de que se necesitaba un ti-

po de viejo para servir de modelo de San José, para el cuadro que Walter debía pintar para la iglesia del pueblo.

Aquello fué una procesión. Durante veinticuatro horas todos los mayores de treinta y cinco años desfilaron por la posada del señor Herman convencidos todos de que cada uno llevaba en sí un San José hecho y derecho.

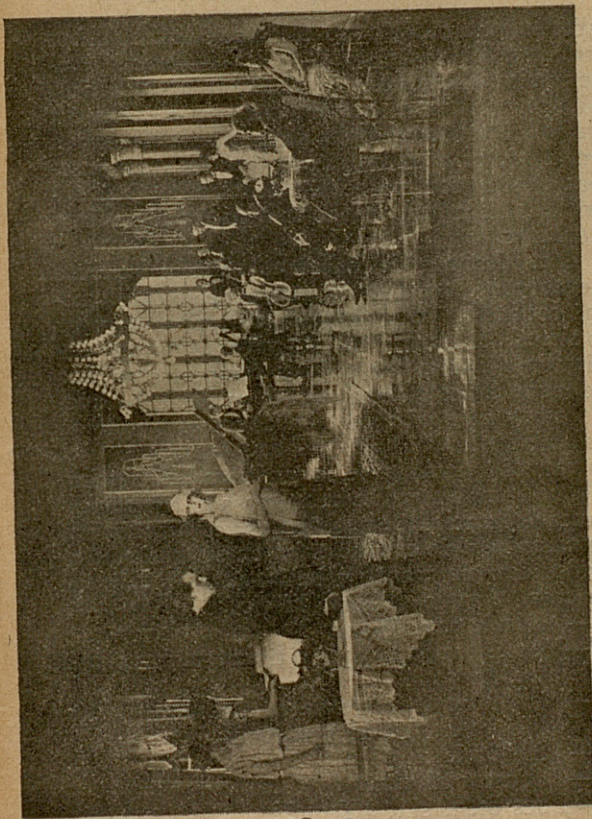
—Yo, señor—decía al pintor el tío Veno, un viejo bizco, desnarizado y bastante cargado de espaldas—, serví ya de modelo de San Cucufate cuando se pintó el cuadro de este santo.

—Es que San Cucufate, amigo mío, debía de ser muy feo y San José, al contrario, era un santo muy simpático.

Después de un escudriño minucioso entre todos los pretendientes a empuñar la vara bendita florecida en las manos del patriarca de Nazaret, el pintor pudo hallar el modelo apetecido en un venerable anciano que ni de encargo para representar al esposo de la Virgen.

En la sala más decente del mesón, Walter Bergson trabaja activamente en el boceto de su obra, con Juanita de modelo, a la que indumentó con el manto de nazarena... ¡Qué Virgen salió!...

Terminado el boceto, Walter procedió a ejecutar el gran cuadro en la iglesia. Días después todo el pueblo desfiló por delante de aquella obra maestra. Durante las sesiones íntimas del



... Pero el espíritu del mal se cierne sobre ellos en forma de figura de mujer (pág. 28)

artista y su modelo, se estableció entre ambos una corriente de simpatía grandísima. Walter no se había atrevido a dirigir a su modelo ni una palabra de cariño; pero su corazón era de Juanita. Esta pasaba día y noche pensando en el pintor y sufría al ver que los días pasaban y Bergson no se le declaraba. ¡Qué sufrir!... Ni comía, ni dormía ni hacía nada a derechas.

Días después de haber terminado su obra llegaron a Prawdna un grupo de excursionistas conocidos de Walter, y entre ellos algunas mujeres del mundo en que vivía el pintor. Invitaron a éste a una comida campestre en uno de los refugios para cazadores en pleno bosque.

Eran ya las diez de la noche y el pintor no había regresado a la posada. Juanita estaba intranquila a causa de la tardanza del hombre a quien amaba. «Si le habrá pasado algún percance desgraciado», pensaba. Su corazón sufría demasiado y determinó salir en su busca. Cubrióse con un manto y se disponía a salir de su casa, cuando Roberto la vió.

—¿Dónde vas, Juanita?

—Voy... ¡vaya!... ¿Y a ti qué te importa? ¡Déjame en paz!

—No, tú no te irás sola a estas horas... Ya se donde vas... Yo te acompaño.

—¿A dónde voy?

—A buscar al pintor.

—Pues bien, sí... ¿Y qué?

—¿Qué?... Que yo voy contigo.

Salieron los dos primos. Al llegar cerca del

refugio la luz y los gritos de alegría que salían de aquella casucha de madera, eran indicio de que allí estaban los excursionistas. Entró la joven seguida de Roberto. ¡Horror!... Juanita quedó fría como un carámbano. Allí reinaba un desorden orgiástico y Walter se hallaba en brazos de una mujer. El pintor vió a Juanita; mas ésta salió apresuradamente y sola, alocada, echó a correr hacia su casa. Walter salió también y preguntó a Roberto:

—¿Dónde está Juanita?

—Mi prima, horrorizada por el espectáculo a que no está acostumbrada, se ha ido a casa.

La linda rubia no pudo dormir en toda la noche, hechos sus ojos dos fuentes. Cuando al día siguiente Walter la pudo ver, le pidió excusas de lo que la había hecho sufrir.

—Juanita—le dijo—, ignoraba que usted me amase; ahora veo que he obrado mal con usted, perdóneme.

Sin responder, la joven se fué a encerrar en su cuarto, procurando olvidarle; mas su corazón le gritaba con acentos que la hacían estremecer: «¡Le amo, le amo!»

Habían transcurrido quince días después de terminado el cuadro, cuando Walter anunció su partida para el día siguiente: pero un acontecimiento vino a retardarla. El Duque de Lamberg había llegado al castillo. Hacía días que pensaba volver a ver a la linda rubia, de quien estaba perdidamente enamorado.

Franz, el secretario del Duque, llegó aquella mañana a la posada de Herman con orden de invitar a Juanita a comer en compañía del Duque. Tan bien supo Franz presentar este asunto al posadero y a su hija, a quien convenció era un gran honor para ella sentarse en la mesa del prócer, que Juanita accedió.

Aquel día, sabiendo Walter que su buen amigo y protector el Duque, se hallaba en el castillo, fué a verle en el momento en que Juanita se hallaba en compañía del de Lamberg. Este se había permitido dirigir a la joven ciertas frases de cariño que la habían ruborizado. Walter se disponía a entrar en el comedor y notó como el Duque tomaba entre las suyas la mano de la joven mirándola con ojos de sátiro en celo. Franz, al ver al pintor, quiso impedir que penetrase donde tenía lugar el idilio y le manifestó:

—Amigo Walter, no entre usted; el Duque hace una conquista.

—Precisamente por eso necesito hablar con el Duque.

Y, sin decir más, se adelantó hasta donde se hallaban el prócer y la linda rubia.

—¡Hola, amigo Walter!... Mi amiga...

—Duque—interrumpió el pintor—, tengo el gusto de anunciarle que esta joven—y señaló a Juanita—es mi novia.

—¿Eh?

—Sí, mi novia, y mañana nos casamos.

Juanita abrió desmesuradamente los ojos, mirando con extrañeza al apuesto joven que

hacía aquella declaración tan a quemarropa.

—¿No es verdad, Juanita?—preguntó Walter Bergson.

—Es verdad.



De modo que determinas quedarte aquí (pág. 17)

—Dispéñeme, señorita, no sabía...—balbuceó el Duque—; perdone, Walter, ignoraba...

—Vamos, Juanita; tu padre espera.

El Duque no sabía cómo salir de aquella situación equívoca en que él se había metido tan tontamente. Volvióse de todos los colores, desde el rojo subido hasta el pálido cera. Juanita

salió del castillo del brazo de su futuro. Y al llegar cerca de la hostería, Walter preguntó a su novia:

—¿Me amas, Juanita?

—Como a mi vida... ¿Y tú?

—Yo te amo así...

Y un beso y un abrazo fueron la demostración de aquel amor.

VI

Walter y Juanita casados ya, viven en un lindo chalet de una ciudad no lejos de Prawdna. Son felices. Pero el espíritu del mal se cierne sobre ellos, en forma de figura de mujer, buscando su desdicha.

Blanca Raven, despechada, complota con el Duque de Lamberg, no menos despechado que aquélla, con el fin de llegar a producir el divorcio de los recién casados.

Es el cumpleaños de Walter. Este ha invitado a su mesa a varios de sus amigos, y entre ellos, a Blanca Raven y al Duque de Lamberg. Estaban al final del convite, cuando anunciaron a Juanita que su padre y su primo habían llegado. Así era, en efecto.

Los dos campesinos presentáronse delante de aquella aristocrática concurrencia a la pata llana, como vulgarmente se dice. Herman, para obsequiar a su hijo político, le trafa un le-

choncito. La presencia de los parientes de su esposa y la serie de vulgaridades que cometieron delante de los invitados, disgustaron sobremanera al pintor, quien, excitado por su antigua amiga Blanca, los arrojó de su casa y se indispuso con Juanita, su esposa. Días después Walter anunció a su esposa que debía partir para Monte-Carlo, para un viaje de estudio. Verificó el viaje; pero en compañía de Blanca Raven. El plan trazado por ésta y el Duque empezaba a desarrollarse.

Cuatro días hacía que Walter había partido cuando se presentó el Duque de Lamberg en el chalet del pintor. Habló con Juanita y la convenció de que debía dar una sorpresa a su esposo presentándose en Monte-Carlo. Juanita accedió creyendo agradar a su esposo. Sin que ella se apercibiera, el Duque va también a Monte-Carlo y combinando el juego con Blanca Raven, un día Walter ve a su esposa en compañía del Duque, y Juanita ve a su marido en brazos de Blanca Raven. El juego había producido los efectos deseados. Al día siguiente, el matrimonio Walter se divorciaba.

Juanita fué a arrojarse a los brazos de su padre, llorando su desventurada equivocación al casarse con un hombre de posición tan distinta.

Como corolario del divorcio, se concertó un duelo entre Walter Bergson y el Duque de Lamberg, que tuvo por resultado el salir herido gravemente el pintor, quien estuvo oscilando entre la vida y la muerte.

Al verle próximo a morir, la mujer causante de su desgracia, Blanca Raven, le abandonó, y entonces Walter empezó a darse cuenta del falso amor de aquella mujer sin corazón. Hizo llamar a Juanita a su lado, la que acudió presuntamente.

—Juanita—le dijo su esposo—, quiero que me digas por qué fuiste a Monte-Carlo con el Duque de Lamberg.

Juanita explicó con ingenuidad a su esposo cuanto había sucedido.

—Ya lo comprendo todo, Juanita. Todo es debido a los manejos de dos seres envidiosos de nuestra dicha que se han cruzado en el camino de nuestra felicidad.

—Sí, Walter, ellos y tus prejuicios destruyeron la nuestra.

—Nada temas, hermosa mía, huiré de éstos y alejaremos a aquéllos y seremos felices en nuestro amor.

Walter curó de su herida y de sus prejuicios y ya nadie turbó la paz y la dicha del pintor y de su modelo *la linda rubia*.

FIN

Número 73 - **Biblioteca Films** - 28 de Julio

La emocionante y lindísima novela de castos amores y pasional argumento

La Llama del Genio

por los predilectos artistas de los aficionados

Hope Hampton y James Rennie

Postal de *Hope Hampton* 25 céntimos

Principales corresponsales a quienes pueden dirigirse los coleccionistas para completar colecciones:

MADRID: D. Manuel Castro; Mazarredo, 4.

VALENCIA: D. Vicente Pastor; Nave, 15.

SEVILLA: *Itálica*; Derri y Lozano, S. José, 20-2.º

ZARAGOZA: *La Protectora*; Méndez Núñez, 36.

Agente para Cataluña: D. Manuel G. Alba; Córcega, 238 - Barcelona.

BARCELONA: Agente de Reparto; D. Tomás Marín; Calle Barbarrá, 8.

Se solicitan corresponsales: Dirigirse, con informes, a la Administración de **BIBLIOTECA FILMS**, Calabria, 96 - Despacho n.º 4 Barcelona.

SUBSCRIPCIÓN COMBINADA

A petición de numerosísimos lectores de provincias, ofrecemos gustosos la suscripción de nuestras publicaciones, bajo las condiciones siguientes:

TRIMESTRE	Ptas.
13 números de BIBLIOTECA FILMS, revista semanal	3'25
3 números de FILMS DE AMOR o SELECCION, revista mensual	1'50
6 números de CELEBRIDADES DE VARIETES, revista quincenal.	1'80
Total de la suscripción combinada	6'55

A los señores suscriptores que deseen hacerlo por un semestre, se les hará una importante rebaja, pues en lugar de ptas. 13'10, solamente deberán abonar DOCE PESETAS.

Pago adelantado en sellos de correo o por giro postal.

BIBLIOTECA FILMS
Calabria, 96
BARCELONA

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Sr. D.
Calle
Población
Provincia

Se suscribe por un a
partir de los números siguientes:

BIBLIOTECA núm.
AMOR núm. VARIETES núm.

Además, todos los señores suscriptores tendrán opción a los grandes regalos, que próximamente se mencionarán.

El *Boletín de suscripción* puede remitirse por correo, bajo sobre abierto, con sólo un sello de dos céntimos.

031 BFI (72)

¡¡ÉXITO INCONMENSURABLE!!

Ya está en venta el quinto libro de
FILMS DE AMOR
Lo más emocionante que se ha escrito

RUPERTO DE HENTZAU

segunda época de

EL PRISIONERO DE ZENDA

adaptación de la obra maestra del célebre autor

SIR ANTHONY HOPE'S

INTERÉS - SENSACIÓN - MISTERIO

Creación de los eminentes:

ELAINE HAMMERSTEIN,
CLAIRE WINDSOR,
LEW CODY y BERT LYTELL

Cubierta a varias tintas : Literatura selecta
Ilustrado con fotografías

Postal: **Elaine Hammerstein**

Títulos publicados :

El templo de Venus, por Mary Phylbin.

La tierra prometida, por Raquel Meller.

Sacrificio, por Fay Compton.

**En las garras de la duda o el calvario de
de una esposa**, por Gys y Capozzi

Coleccione Vd. **Films de amor** la mejor y
más barata de las novelas de

LOS MÁS GRANDES FILMS

Imp. Garrofé.—Villarreal, 12 y 14.—BARCELONA